

— ¿Usted es estudiante? preguntó Marius.

— Sí, señor, lo mismo que usted. Antes de ayer entré por casualidad en la escuela. Ya sabe usted que á veces suelen ocurrir esas ideas. El catedrático estaba en aquel instante leyendo la lista. Usted no ignora que son muy rigurosos y muy ridículos en este momento. Á la tercera falta de asistencia, le borran á uno la inscripción: sesenta francos tirados á la calle.

Marius empezaba á escuchar. Laigle continuó:

— El que leía la lista era Blondeau. Usted conoce á Blondeau, tiene la nariz muy puntiaguda y muy maliciosa, y olfatea con delicia los ausentes. Empezó, con mucha socarronería por la letra P. Yo no escuchaba, puesto que no me hallaba comprometido en esa letra. La llamada no iba mal. Ni siquiera una raya, el universo estaba allí presente. Blondeau se hallaba triste. Yo decía entre mí: Blondeau cariño mio, lo que es hoy no harás tú la más mínima ejecución. Cuando hé aquí que de repente Blondeau llama en lista á *Marius Pontmercy*. Nadie responde. Blondeau, lleno de esperanza, repite con voz más fuerte: *Marius Pontmercy*. Y continuando el silencio, echó mano á la pluma. Caballero, yo tengo entrañas; tengo mi alma en mi armario, como suele decirse; y reflexioné rápidamente, haciéndome estos juicios: Hé aquí un buen muchacho á quien van á borrar. Atención. Este es un verdadero viviente que no es exacto. No se trata de un buen discípulo. No es ningún pelmazo, un estudiante que estudia, un barbilampiño pedante, fuerte en ciencia, en letras, en teología y en sapiencia, uno de esos talentos romos y letrados, prendidos con cuatro alfileres; un alfiler para cada facultad. Sino que es un honorable holgazán que se divierte de bureo, que practica la teoría de los novillos, que cultiva la griseta, que corteja á las bellas, que quizás en este mismo instante se halla en casa

de mi querida. Salvémosle, pues. ¡Muera Blondeau! En este momento, Blondeau mojaba en el tintero su pluma negra, la que le sirve para borrarle á uno la inscripción de la matrícula, y dejarle á la luna de Valencia, para un año más de Blondeau. Paseó su amarillenta pupila por el auditorio, y repitió por tercera vez: *¡Marius Pontmercy!* — *Presente*, respondí yo. Gracias á esta mi estratagema, no ha sido usted borrado de la lista, y, por consiguiente, de la matrícula.

— Caballero!... dijo Marius.

— Y yo lo he sido, añadió Laigle de Meaux.

— No le comprendo á usted, dijo Marius.

Laigle continuó:

— Nada más sencillo. Yo me hallaba cerca de la cátedra, para responder, y no léjos de la puerta, para escapar en seguida. El catedrático me contemplaba con cierta fijeza. De repente, Blondeau, que debe ser la nariz maligna de la cual habla Boileau, salta de un modo brusco á la letra L. La L es mi letra. Yo soy de Meaux, y me llamo Lesgle.

— ¡L'Aigle! interrumpió Marius, qué bonito nombre!

— Caballero, el tal Blondeau llega por fin á este bonito nombre y grita: *¡Laigle!* Yo respondí: *¡Presente!* Entónces Blondeau me mira, con la amabilidad del tigre, se sonríe, y me dice: ¿Si usted es Pontmercy, cómo ha de ser Laigle? Frase que tiene trazas de descortes para usted, pero que no era lúgubre sino para mí. Dicho esto, me borró.

Marius exclamó:

— Caballero, yo siento infinito...

— Ante todo, interrumpió Laigle, pido que embalsamen á Blondeau en algunas frases de sentido elogio. Yo le creo muerto. No habría mucho que cambiar en su magrura, en su palidez, en su frialdad, en su rigidez y en su

fétidez. Y á propósito de esto digo yo : *Erudimini qui iudicatis terram*. Aquí yace Blondeau-la-Nariz, Blondeau Nasica, el buey de la disciplina, *bos disciplinae*, el moloso de la consigna, el ángel de la llamada, que fué recto, cuadrado, exacto, rígido, honrado y horroroso. Dios le ha borrado, como él me borró.

Marius continuó diciendo :

— Siento en el alma...

— Joven, dijo Laigle de Meaux, que esto sirva á usted de lección para otra vez. En lo sucesivo, sea usted exacto.

— Le pido á usted sinceramente mil perdones...

— No vuelva usted á dar ocasión á que borren al prójimo...

— Estoy desesperado...

Laigle lanzó una carcajada.

— Y yo estoy contentísimo. Me hallaba ya á punto de ser abogado, y ese borron, esa raya, me salva. Desde luego renuncio á los triunfos del foro. Ya no me veré en el caso de defender á la viuda ni de atacar al huérfano. Nada de pasantía, nada de toga. He obtenido mi radicación. Estoy cancelado. Á usted debo yo tanto bien, caballero Pontmercy. Tengo que hacer á usted una visita para darle las gracias. ¿En dónde vive usted?

— En este cabriolé, contestó Marius.

— Señal de opulencia, repuso Laigle con calma. Yo le felicito por ende. Tiene usted ahí un alquiler de nueve mil francos anuales.

En este momento salía Courfeyrac del café.

Marius sonrió tristemente.

— En esta vivienda me encuentro desde hace dos horas, y aspiro á salir de ella, pero esto es toda una historia y el caso es que yo no sé adónde ir.

— Caballero, dijo Courfeyrac, véngase usted á mi casa.

— Yo tendría la prioridad, observó Laigle, pero en cambio no tengo casa.

— Calla tú, Bossuet, repuso Courfeyrac.

— Bossuet, dijo Marius, pues yo creía que usted se llamaba Laigle.

— De Meaux, respondió Laigle; por vía de metáfora, Bossuet.

Courfeyrac subió en el cabriolé.

— Cochero, gritó, hôtel de la Porte-Saint-Jacques.

Y aquella misma tarde, Marius quedó instalado en un cuarto del hôtel de la Porte-Saint-Jacques, en compañía de Courfeyrac.

III

LAS EXTRAÑEZAS DE MARIUS

Á los pocos días, Marius y Courfeyrac eran ya íntimos amigos. La juventud es la estación de las prontas soldaduras y de las cicatrizaciones rápidas. Al lado de Courfeyrac, Marius respiraba libremente, cosa bastante nueva para él. Courfeyrac no le dirigió pregunta alguna; ni siquiera pensó en ello. En esa edad, el rostro lo revela todo en seguida. La palabra es completamente inútil. Hay jóvenes de quienes pudiera decirse que su fisonomía está charlando. Con mirarse, basta para conocerse.

Una mañana, sin embargo, le lanzó Courfeyrac bruscamente esta pregunta:

- ¿Á propósito, tiene usted opinion política?
- ¡Vaya! dijo Marius, casi ofendido de la duda.
- ¿Y qué es usted?
- Demócrata-bonapartista.

— Color gris de raton confiado, dijo Courfeyrac. Al día siguiente, Courfeyrac introdujo á Marius en el Café Musain. En seguida le cuchicheó al oído, con una sonrisa: Es menester que le dé yo á usted entrada en la revolucion. Y le llevó á la sala de los Amigos del A B C, dónde le presentó á los otros camaradas diciendo á média voz esta sola palabra, que Marius no comprendió: Un discípulo.

Marius habia caido en un avispero de espíritus. Por lo demas, aunque silencioso y grave, no era él el ménos alado, ni el ménos armado tampoco.

Solitario hasta entónces, y tanto por hábito como por gusto, inclinado al monólogo y al « aparte », Marius estaba como asustado y encogido en medio de aquella bandada de jóvenes. Todas aquellas diversas iniciativas le solicitaban y tiraban de él á la vez. El continuo y tumultuoso va-y-ven de todos aquellos espíritus en libertad y en trabajo hacia hervir y remolinar sus ideas; siendo á veces tan grande la confusion, que se alejaban de él en términos que le costaba mucho trabajo el recobrarlas. Oía allí hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religion, de una manera inesperada. Entreveía ciertos aspectos extraños; y como no los ponía en perspectiva, no estaba seguro de no ver el caos. Al abandonar las opiniones de su abuelo por las opiniones de su padre, habia creído fijarse enteramente; pero ahora sospechaba con inquietud, y sin atreverse á confesárselo, que no se hallaba fijado. El prisma al traves del cual veía él todas las cosas comenzaba de nuevo á cambiar de lugar. Cierta oscilacion ponía en movimiento todos los horizontes de su cerebro, produciendo un extraño zafarrancho interior, que casi le hacía sufrir.

Para aquellos jóvenes parecia que no hubiese « cosas consagradas. » Marius oía allí sobre todas las materias singulares lenguajes, molestos para su espíritu, lívido aún.

Presentábase un cartel de teatro, adornado con un título de tragedia del antiguo repertorio, que llaman clásico. — ¡Abajo la tragedia, preferida por los bourgeois! gritaba Bahorel. Y Marius oía replicar á Combeferre:

— Haces mal, Bahorel. La bourgeoisie gusta de la tragedia, y, en esta parte, es preciso dejar á la bourgeoisie tranquila. La tragedia con peluca tiene su razón de ser, y yo no soy de aquellos que, de orden de Eschyles, la contestan el derecho de existir. Hay bosquejos en la naturaleza; hay en la creación parodias enteramente hechas: un pico que no es un pico, alas que no son alas, nadaderas que no son nadaderas, patas que no son patas, un grito doloroso que nos provoca á reír; tal es el pato. Ahora bien, puesto que las aves de corral existen al lado de las aves del cielo, no veo inconveniente alguno en que exista la tragedia clásica frente á frente de la tragedia antigua.

Ó bien la casualidad hacía que Marius pasara por la calle de Jean-Jacques Rousseau entre Enjolras y Courfeyrac.

Courfeyrac le tomaba del brazo:

— Fije usted bien su atención, le decía. Esta era la calle Plâtrière (Yesera), llamada hoy calle de Jean-Jacques Rousseau, á causa de un singular matrimonio que la habitaba hace como unos sesenta años. Este matrimonio era Jean-Jacques (Juan Jacobo) y Teresa. De vez en cuando, nacían allí ciertas criaturitas. Teresa era quien las daba á luz, y Juan-Jacobo las daba á la Inclusa¹.

Y Enjolras regañaba fuertemente á Courfeyrac.

— ¡Silencio ante Juan Jacobo! yo admiro á ese hombre. Renegó de sus hijos, es verdad; pero adoptó al pueblo.

Ninguno de aquellos jóvenes articulaba jamás esta pa-

¹ *Thérèse les enfantait. Jean-Jacques les enfantrouvait.* — dice el autor, con esa suprema habilidad que él tiene para fabricar palabras y frases peculiares de su original lenguaje.

labra: el Emperador. Sólo Juan Prouvaire decía á veces Napoleón; todos los demás decían Bonaparte. Enjolras pronunciaba *Buonaparte*

Marius extrañaba esto de una manera vaga. *Initium sapientiæ.*

IV

LA SALA INTERIOR DEL CAFÉ MUSAIN

na de las conversaciones entre aquellos jóvenes, á las cuales asistía Marius, y en las cuales solía intervenir á veces, fué un verdadero sacudimiento para su espíritu.

Pasaba esto en la sala interior del Café Musain. Casi todos los Amigos del A B C se hallaban reunidos aquella noche. El quinqué estaba solemnemente encendido. Hablábese de unas y otras cosas, con ruido pero sin pasión. Excepto Enjolras y Marius, que guardaban silencio, cada cual arengaba un poco á la ventura. Las conversaciones entre camaradas ofrecen á veces el espectáculo de estos apacibles tumultos. Era aquello un juego y una confusión, tanto como una tertulia de amigos. Lanzábanse unos á otros las palabras que ocurrían como cogidas al viento. Hablaban en todos sentidos y en todas direcciones.

Ninguna mujer era admitida en aquella especie de trastienda, excepto Louison, la que lavaba la vajilla del Café, que la atravesaba de vez en cuando para ir desde el fregadero al « laboratorio ».

Grantaire, enteramente beodo, aturdia y ensordecía el rincón del cual se bahía él apoderado, razonando y desbarrando porfiadamente. Hé aquí cómo se expresó al fin:

— Tengo sed, Mortales, estoy construyendo un sueño: que el tonel de Heidelberg sufra un ataque de apoplejía, y que yo sea de la docena de sanguijuelas que le aplicaren. Quisiera beber. Deseo olvidar la vida. La vida es una horrible invención de no sé quién. No dura nada, ni vale nada tampoco. Se rompe uno la crisma en vivir. La vida es una decoración que ofrece muy poco servible ó practicable. La dicha es un marco viejo pintado por un lado solamente. El Eclesiastés dice: todo es vanidad; yo pienso como este buen sugeto, que tal vez no ha existido jamás. Cero, no queriendo ir enteramente desnudo, se ha vestido de vanidad. ¡Oh vanidad! muy remendada, pero con sonoras y altisonantes palabras, ¡eso sí! una cocina es un laboratorio, un bailarín es un profesor, un saltimbánquis es un gymnasta, un luchador á puñetazos es un púgil, un boticario es un químico, un peluquero es un artista, un albañil es un arquitecto, un jockey es un sportsman, una corredera es un ptérygibranche. La vanidad tiene un reverso y un derecho. El derecho es tonto, es el negro con sus avalorios y sus cuentas de vidrio; el reverso es necio, es el filósofo con sus andrajos. Yo deploro la suerte del uno, y me río del otro. Lo que generalmente se llama honores y dignidades, y aún honor y dignidad, es cobre sobredorado, joyería falsa. Los reyes hacen sus juguetes con el orgullo humano. Calígula nombró cónsul á un caballo; Carlos II armó caballero á un lomo de buey. Pavonéense ustedes ahora entre el cónsul Incitatus y el baronet Roast-

beef. Por lo que hace al valor in r'nseco de las personas, no es en realidad más respetable. Escuchad el panegirico que el vecino hace del vecino. Blanco sobre blanco es ferroz; si la azucena hablara, ¿cómo arreglaría ella á la paloma! una mojjigata que charla contra una devota es más venenosa que el áspid y que el búngaro azul. Lástima es que sea yo tan ignorante, porque citaría á ustedes una porcion de cosas; pero no sé nada. Por ejemplo, yo siempre he sido un mozo de talento y de chispa; cuando era discípulo de Gros, en vez de ocuparme en embadurnar cuadritos, pasaba el tiempo en birlar manzanas, *rapin* es el masculino de *rapine* (rapiña). Hé ahí lo que yo soy; por lo que hace á vosotros, valéis tanto como yo valgo. Yo me rio de vuestras perfecciones, excelencias y virtudes. Toda virtud se codea con un vicio; el económico toca al avaro, el generoso confina con el pródigo, el valiente con el maton; quien dice muy piadoso dice algo mojjigato; hay justamente tantos vicios en la virtud como agujeros había en la capa de Diógenes. Á quién admiráis, ¿al muerto ó al que le mató? ¿á César ó á Bruto? Generalmente se está por el que mata. ¡Viva Bruto! él fué quien mató. Eso es lo que llaman virtud. Virtud, convenido; pero locura tambien. Hay manchas raras en todos esos grandes hombres. El Bruto que mató á César estaba enamorado de una estatua de niño. Esta estatua era del estatuario griego Strongylion, el mismo que había esculpido tambien aquella figura de amazona llamada Pierna Hermosa, Eucnemos, que Neron llevaba consigo en sus viajes. Este Strongylion no dejó más que dos estatuas, las cuales sirvieron para poner de acuerdo á Bruto y á Neron; Bruto se enamoró de una y Neron de otra. Toda la historia se reduce á una eterna machaqueria. Cada siglo es plagiarío del anterior. La batalla de Marengo copia de la batalla de Pydna; el Tolbiac de Clóvis y el

Austerlitz de Napolcon se asemejan como dos gotas de sangre. Yo no hago mucho caso de la victoria. Nada me parece tan estúpido como vencer; la verdadera gloria está en convencer. ¡Traten ustedes de probar alguna cosa! y no que se contentan solamente con lograr, ¡qué mediocridad! y conquistar, ¡qué miseria! ¡Ah! ¡vanidad y vileza por todas partes! Todo obedece al éxito, todo, hasta la gramática. *Si volei usus*, dice Horacio. Por consiguiente, yo desdén al género humano. ¿Descenderemos ahora del todo á las partes? ¿Quieren ustedes que me ponga á admirar á los pueblos? háganme ustedes el favor de decirme, ¿qué pueblo? ¿Será la Grecia? Los Atenienses, e los Parisienses de la antigüedad, mataban á Focion, como quien dice á Coliguy, y adulaban á los tiranos, á tal punto, que Anacéforo decía de Pisistrato: Su orina atrae á las abejas. El hombre más considerable de la Grecia en el espacio de cincuenta años fué aquel gramático Philetas, tan pequeño y tan diminuto, que se vió obligado á emplomar sus zapatos para que no se le llevara el viento. En la gran plaza de Corinto habia una estatua esculpida por Silanion é inventariada por Plinio; esta estatua representaba á Episthato. ¿Qué hizo Episthato? Inventó la zancadilla. Esto resume á la Grecia y la gloria. Pasemos á otros pueblos. ¿Admiraré á la Inglaterra? ¿Admiraré á la Francia? ¿á la Francia? ¿por qué? ¿á causa de París? acabo de daros mi opinion sobre Atenas. ¿Á la Inglaterra? ¿por qué? ¿á causa de Lóndres? Yo aborrezco á Cartago. Y ademas, Lóndres, la metrópoli del lujo, es la capital de la miseria. Sólo en la parroquia de Charing-Cross, hay cien muertos de hambre cada año. Ta es Albion. Para final de fiesta, añadiré que yo he visto á una inglesa bailar con una corona de rosas y anteojos azules. ¡Por consiguiente, apartemos la vista de la Inglaterra! Si no admiro á John Bull, admiraré por ventura á su hermano

Jonatas? Simpatizo muy poco con aquel hermano aficionado á la esclavitud. Suprimid *times is money*, ¿qué es lo que queda de la Inglaterra? suprimid *cotton is king*, ¿qué es lo que queda de la América? La Alemania, es la linfa; la Italia es la bilis. ¿Nos extasiaremos ante la Rusia? Voltaire la admiraba. También admiraba la China. Convego en que la Rusia tiene sus bellezas, entre otras un fuerte despotismo; pero yo compadezco á los déspotas. Tienen una salud delicada. Un Alejo decapitado, un Pedro cosido á puñaladas, un Pablo estrangulado, otro Pablo aplastado á puntapiés con el tacon ferrado de una bota, varios Ivanes degollados, diferentes Nicolases y Basilius envenenados; todo esto indica que el palacio de los emperadores de Rusia se halla en ciertas condiciones flagrantes de insalubridad. Todos los pueblos civilizados ofrecen á la admiracion del pensador este detalle: la guerra; ahora bien, la guerra, la guerra civilizada, agota y emplea todas las formas del bandidaje, desde el bandidaje de tabuco en las gargantas del monte Jaxa, hasta el merodeo de los Indios Comanches en el Paso Dudoso. ¡Qué! me diréis, ¡la Europa vale sin embargo mucho más que el Asia! Convego en que el Asia es farsa; pero yo no comprendo por qué os reiriais del gran lama, vosotros pueblos del Occidente, que habéis mezclado con vuestras modas y vuestras elegancias todas las basuras complicadas de majestad, desde la camisa sucia de la reina Isabel hasta el sillico del delfin. Señores humanos, yo digo á eso, ¡que nones! En Brusélas es donde se consume más cerbeza, en Estokolmo más aguardiente, en Madrid más chocolate, en Amsterdam más enebro ó ginebra, en Lón-dres más vino, en Constantinopla más café, en París más absintio; hé ahí todas las naciones útiles. París prevalece, al fin. En París, hasta los mismos traperos son sybaritas; Diógenes habria preferido la vez ser traperero en

plaza Maubert á ser filósofo en el Pireo. Aprendan ustedes esto más: las tabernas de los traperos se llaman *bibines*; las más célebres son la *Casserole* y el *Abattoir*. Así, pues, oh tabernas y tabernáculos, ventas y ventorrillos, figones y bodegones, bailes de candil, bibinas de los traperos, caravanserrallos de los califas, es aseguro, bajo palabra de honor, que yo soy un voluptuoso; como en casa de Richard á cuarenta sueldos y necesito tapices de Persia para hacer rodar por ellos á Cleopatra desnuda! ¿Dónde está Cleopatra? ¡Ah! eres tú, Louison. Buenos días.

Así se deshacia, en su sempiterna charla, Grantaire más que borracho, asiendo por la falda á la fregatriz del Café á su paso por la sala interior de Musain.

Bossuet, alargando la mano hácia él, trató de imponerle silencio; pero Grantaire prosiguió cada vez más entusiasmado:

— Águila de Meaux, abajo las patas. Maldito el efecto que me haces tú con tu gesto de Hipócrates rehusando el mueble de Artajérjes. Te dispenso de que te tomes la molestia de calmarme. Déjame en paz. Además, estoy triste. ¿Qué queréis que os diga? El hombre es malo; el hombre es deforme; la mariposa es un sér acabado y perfecto, el hombre dió higa, fracasó: Dios marró al hacer este animal. Una muchedumbre es una gran coleccion de fealdades y horrores. El primero que uno encuentra es un miserable. Quien dice mujer, dice mala res. Sí, tengo spleen, complicado de melancolia, con nostalgia, más hipocondria, y me desespero y rabio y bostezo y me fastidio y me aburro y me abrumo y me embrutezco! ¡Váyase Dios al diablo!

— Silencio, tú, ¡R mayúscula! replicó Bossuet que estaba discutiendo para sí un punto de derecho entre bastidores, y se hallaba atascado hasta más de medio cuerpo en una frase de la jerga forense cuyo final era este:

—.....Y en cuanto á mi, bien que yo sea apenas legista, y á lo más, un procurador aficionado, digo y sostengo : que con arreglo á la costumbre de la Normandía, cada año, por san Miguel, deberá pagarse un Equivalente en provecho del señor, salvo el derecho de tercero, por todos, y cada uno, tanto los propietarios como los coparticipes de herencia, y esto, por todo acto de enfitéusis, alodios, arrendamientos, contratos dominicales y patrimoniales, hipotecables é hipotecarios...

—Rios, ninfas plañideras, murmuró Grantaire.

Muy cerca de Grantaire, sobre una mesa casi silenciosa, un pliego de papel, un tintero y una pluma, entre dos copas, anunciaban que allí se estaba bosquejando un vaudeville. Este gran negocio se trataba en voz baja, y las dos cabezas que colaboraban estaban tocándose una con otra :

— Empecemos por hallar los nombres. Cuando ya se tienen los nombres, fácilmente se da con el argumento.

— Tienes razon. Dicta tú y yo escribiré.

—¿ El señor Dorimon ?

—¿ Rentero ?

— Sin duda.

— Su hija, Celestina.

— tina. ¿ Y despues ?

— El coronel Sainval.

— Sainval es un nombre gastado. Yo le llamaria Valsin.

Al lado de los vaudevillistas, otro grupo, que tambien se aprovechaba del murmullo para hablar bajo, estaba discutiendo un duelo. Un viejo, de treinta años, aconsejaba á un jóven, de diez y ocho, y le explicaba la especie de adversario contra quien tenia que habérselas :

— ¡ Diablos! no se fie usted. Es una buena espada. Tira muy limpio. Sobresale en el ataque, y ninguno falso de su adversario pierde él jamas. Buenos puños, impetuosidad, vivacidad; es un relámpago, un rayo; el reparo

justo, la réplica matemática; ¡ caramba! y es zurdo.

En el rincón opuesto á Grantaire, Joly y Bahorel estaban jugando al dominó y hablaban de amoríos.

— Tú eres dichoso, decia Joly. Tienes una querida que siempre está riendo.

— Eso es en ella un defecto, contestaba Boharel. La querida que uno tiene hace mal en reir; pues así le da á uno ganas de engañársela. Cuando uno la ve alegre, se le quita todo remordimiento; si la ve triste, se le hace cargo de conciencia...

— ¡ Ingrato! ¡ Es tan bonito el ver á una mujer riendo! ¿ Y no rañis nunca ?

— No, pero esto consiste en el contrato que tenemos hecho. Al formar nuestra pequeña santa alianza, nos señalámas para cada uno nuestra frontera respectiva, que no traspasamos jamas. Lo que está situado en la parte norte pertenece á Vaud, y en la parte sud á Gex. De aquí proviene la paz.

— La paz, es la dicha digiriendo.

— Y tú, Jolly, á cuánto estás de tu querella con la señorita... ¿ ya sabes tú quien quiero decir ?

— Continúa siempre enfurruñada conmigo, con una paciencia cruel.

— Y sin embargo, tú eres un enamorado lleno de ternura y de magrura.

— ¡ Ah!

— Yo, en tu lugar, la dejaria plantada.

— Eso es fácil de decir.

— Y de hacer. ¿ No es Musichetta como se llama ?

— Sí. ¡ Ah! mi pobre Bahorel, es una chica soberana, muy literaria, con unos piecitos muy monos, unas manos preciosas, talle esbelto y magnifico, ojos hechiceros, blanca, torneada. Me tiene loco esa muchacha.

— Pues entónces, querido, es preciso agradecerla, ir ele-